

EMOCIONES Y SENTIMIENTOS EN EL MUNDO RURAL. UN ESTUDIO DE CASO DE CAMBIO SOCIAL. Beatriz Muñoz González

Beatriz Muñoz González

Universidad de Extremadura

Recibido/Received: 10/6/2017

Aceptado/Accepted: 15/7/ 2017

Resumen:

Presentamos algunas conclusiones extraídas tras la realización de una investigación realizada en Zangarillejas (nombre ficticio de pueblo real), municipio situado al suroeste de España, y a sólo 10km de la capital de la provincia. Zangarillejas es una villa que ha experimentado un acelerado proceso de cambio social, que le ha llevado al abandono de la tradicional actividad agropecuaria en favor de los sectores de la construcción y servicios. Y queremos conocer hasta qué punto los discursos sobre la domesticidad en el mundo rural se habían visto afectados también por los procesos de cambio social, basándonos en la *Sociología de las Emociones*, seleccionamos a un grupo de 32 mujeres representativas del municipio: amas de casa sin trabajo remunerado, con bajo nivel de estudios y maridos de la clase obrera.

Palabras clave: Mujeres rurales, sociología de las emociones, amas de casa, Extremadura

Abstract:

We present some conclusions drawn after the realization of an investigation carried out in Zangarillejas (fictitious name of real town), municipality located to the southwest of Spain, and to only 10km of the capital of the province. Zangarillejas is a town that has experienced an accelerated process of social change, which has led to the abandonment of traditional agricultural activity in favor of the construction and services sectors. And we want to know to what extent the discourses on domesticity in the rural world had also been affected by the processes of social change, based on the *Sociology of Emotions*, we selected a group of 32 women representative of the municipality: housewives without paid work, with low level of studies and working class husbands.

Keywords: Rural women, sociology of emotions, housewives, Extremadura

Nancy Chorodow (1995: 100) señala que el género “es un ingrediente importante de la forma de amar de hombres y mujeres y todas sus fantasías amorosas, deseos o prácticas, están parcialmente formadas por su sentido del yo en cuanto construcción de género. Este sentido del

yo se forma individualmente como resultado de la unión entre el significado emocional cultural y el personal, de modo que se inscribe en la historia psicobiográfica de cada individuo". Para ella, las respuestas de las personas a la intimidad se estructuran a través de los discursos dominantes sobre la emoción y el género y también a través de rasgos de su experiencia personal, lo cual, en parte, nos remite a la existencia de papeles y reglas socialmente definidos en relación a los sentimientos apropiados para hombres y mujeres en circunstancias concretas y nos remite también a los cambios en la relación emocional íntima con el paso del tiempo. Si el género es una construcción dinámica en donde el comportamiento emocional se presenta como un elemento constitutivo del mismo, tales diferencias emocionales pueden emerger y modificarse en el curso de las relaciones vividas cotidianamente, de forma que la negociación sobre la intimidad puede cambiar también a lo largo de la vida (Plummer, 1983).

En este texto analizo las emociones y sentimientos de un grupo de mujeres rurales en el marco de su vida en pareja. Todo ello es parte de una investigación más amplia sobre su universo emocional y el papel que los sentimientos desempeñan en la formación de sus identidades de amas de casa: aunque en las líneas que continúan me centraré solo en descifrar hasta qué punto los nuevos discursos sobre la intimidad y la relación de pareja propios de la modernidad tardía, se han empezado a introducir también en mujeres pertenecientes a ámbitos rurales, tradicionales pero en profundo proceso de cambio social⁸.

El lugar, las personas y la búsqueda

Dado mi interés en conocer la penetración de esos nuevos discursos sobre la intimidad y las relaciones afectivas en ámbitos rurales, desde un primer momento me interesé por mujeres que dieran un perfil puro de mujer "tradicional", a modo de los tipos ideales weberianos sabiendo que en la realidad estos tipos tan puros no existen. No obstante, un modelo muy aproximado puede encontrarse aún en familias o parejas en donde la tipificación tradicional de género, la masculinidad y la feminidad, sea más rígida, y en este sentido, se reconoce una mayor flexibilidad en las clases medias y altas, urbanas y en la población más joven (Kellerhals *et al.* 1982; Safilios-Rothschild, 1987), y por consiguiente una mayor rigidez en ámbitos rurales, clases trabajadoras y población mayor. Esas consideraciones me llevaron no sólo a investigar dentro de un ámbito rural sino también con mujeres amas de casa, de clase obrera puesto que entendí que su doble condición de rurales y de pertenencia a este estrato favorecía la presencia de perfiles de género más rígidos.

Elegí un pueblo del Extremadura al que he llamado Zangarillejas, cercano a Cáceres. Si bien Zangarillejas⁹ no es un municipio que, comparativamente con otros del Estado sea pequeño,

⁸ Aunque utilizo materiales etnográficos y algunos elementos de análisis contenidos en mi libro *Mujeres rurales. Topología emocional y espacio doméstico* editado por el Instituto de la Mujer de Extremadura, las tesis desarrolladas en este capítulo es nueva.

⁹ El nombre real ha sido reemplazado para preservar el anonimato de las personas que participaron con sus testimonios y cuyos nombres tampoco son los que figuran.

poco más de 6000 habitantes - la estructura agraria y demográfica de Extremadura se caracteriza por una escasa dispersión y unos elevados índices de concentración de la población - sí es cierto que presenta unas dinámicas y estructuras que podemos definir como rurales a pesar de que este municipio, al igual que muchos otros, no haya quedado al margen de la crisis de las economías agrarias tradicionales y de la diversificación de las actividades - factores claves de dinamización social en las comunidades rurales - que supone la disociación entre el espacio rural y la actividad agraria y en consecuencia la supresión del límite clásico entre lo rural y lo urbano. En cualquier caso, el criterio del tamaño del asentamiento, a tenor del objeto de la investigación, no resultaba válido, por insuficiente, para definir el carácter rural o urbano. La conclusión es obvia: el proceso de industrialización ha difuminado las barreras entre el pueblo y la ciudad.

Sin embargo, todavía es pertinente hablar de ruralidad en el sentido de comunidad expresado por Tönnies centrado en el tipo de relaciones interpersonales – más intensas y entre grupos sociales más pequeños – propias del tradicionalmente llamado espacio rural. Este criterio nos permite encontrar diferencias entre los asentamientos urbanos, modernos, y aquellos que si bien han experimentado un proceso de modernización presentan características diferenciales en el tipo de relaciones interpersonales que enmarcamos dentro de lo que Tönnies denominó como *Gemeinschaft*. A pesar de los cambios acaecidos en la estructura económica y demográfica de Zangarillejas – abandono de la tradicional actividad agropecuaria en favor de los sectores de la construcción y servicios - y de sus comunicaciones, cercanía y vínculos con la capital de la provincia, Cáceres, que implican un fenómeno concentrador de población y de actividades económicas, podemos considerar a este municipio como una *Gemeinschaft* por cuanto que en él están presentes los rasgos que caracterizan a la comunidad töniana: importancia de la vida grupal, relaciones de parientes y amigos estrechamente tejidas, historias compartidas, actividades comunes, limitada movilidad geográfica e identidad personal concebida en términos del lugar que se ocupa en la comunidad y frecuentes relaciones cara a cara que contribuyen a la creación de fuertes lazos sociales y emocionales.

Finalmente, en la consideración como comunidad de Zangarillejas, a pesar de los cambios producidos en su estructura socioeconómica y demográfica, debo añadir también la vertebración social que en los últimos años se ha producido gracias a su malla asociativa. No cabe duda de que las asociaciones implantadas en el medio rural, están convirtiendo a Zangarillejas en un municipio extraordinariamente dinámico además de favorecer los procesos de cohesión social tras décadas de crisis económica y social. Habría que señalar, además, que el retorno de inmigrantes iniciado en la década de los 90 y favorecido por determinadas políticas regionales, está suponiendo también un extraordinario elemento dinamizador desde el punto de vista no sólo económico sino también social y cultural favoreciendo los procesos de cambio.

En este contexto, y tal y como he señalado anteriormente, estaba interesada en mujeres que dieran un perfil puro de ama de casa “tradicional”, y ello me llevó no sólo a investigar dentro de un ámbito rural sino también con mujeres de clase obrera puesto que entendí que su doble condición de rurales y de pertenencia a estos estratos favorecía la presencia de perfiles de género más rígidos. En cuanto a sus edades se encontraron entre los 25 y los 58 años y todas ellas tenían hijos dependientes, dos o tres la mayoría – una media más alta que la nacional. Por su parte, la edad de contraer matrimonio se extendía entre los 19 a los 32 años aunque los valores se concentran entre 20 y 24 años, de nuevo lejos de la media nacional urbana. La falta de expectativas profesionales relacionada también con unos niveles educativos más bajos y con una posición de clase obrera permiten explicar estas diferencias. Efectivamente, la mayoría de ellas sólo tenía estudios primarios – salvo en dos casos con bachillerato y uno con formación profesional -. Nunca habían trabajado fuera de casa y tampoco pensaban hacerlo. Finalmente y

para terminar de dibujar su posición de clase, queda por decir que en cuanto a la profesión del marido, la gran mayoría eran obreros cualificados (encofradores, soladores, marmolistas, ebanistas...) o autónomos con pequeños negocios relacionados con la construcción (empresas de cerrajería, chapa...). Sólo en un caso el marido poseía estudios superiores.

Durante seis meses estuve entrevistando al grupo de 32 mujeres cuyas características sociales eran muy representativas de Zangarillejas. Durante ese tiempo hablamos de muchos temas. En un primero momento, las entrevistas se celebraron en un lugar cedido por el ayuntamiento de la localidad y fueron grupales, de manera que se constituyeron 4 grupos con 8 personas cada uno en donde se abordaron aspectos todos ellos relacionados con su vida familiar y social. Se realizaron cinco reuniones de este tipo con idéntico contenido para los cuatro grupos lo que hace un total de 20. La elección de los temas no fue casual, en la búsqueda del universo emocional que configuraba la vida de esas mujeres consideré que si las emociones son fruto de interacciones, se expresan y evocan por y a través de ellas, de las relaciones con el otro y con los otros y sus mundos, se imponía definir cuáles eran esas relaciones: Por un lado, las personas tanto dentro como fuera de casa; por otro, los objetos, el hogar, la casa, metonimia de ellas mismas que se construía y recreaba como génesis de identidad personal y social. Así, las entrevistas en grupo se centraron en el trabajo doméstico, en sus objetos personales y familiares, en las relaciones con la familia troncal y extensa (no hay que olvidar que estamos en el contexto) en su vida familiar de adultas, con especial atención a los hijos y parejas y en sus relaciones con la comunidad.

Posteriormente, me dediqué a realizar entrevistas individuales, centradas en sus biografías personales. Entendí que éstas no eran una simple expresión cronológica de sucesos, sino “un conjunto de representaciones asociadas a los acontecimientos vividos” por ellas (Alonso, 1995: 226) y por lo tanto sus relatos biográficos se convertían, en un instrumento de recogida de información muy adecuado acerca de cómo las mujeres entrevistadas actuaban y reconstruían el sistema de representaciones sociales en sus prácticas individuales, lo cual remitía directamente a la subjetividad de la información obtenida por cuanto ésta ya había sido experimentada por ellas y proporcionada con una orientación y una experiencia vivida.

En este caso, mi intención fue desde un primer momento cambiar el lugar de realización de las entrevistas, de un lugar neutral – el salón cedido por el ayuntamiento – a uno más íntimo, sus hogares. Era consciente de que el cambio de escenario no sólo favorecía el sentimiento de seguridad de las mujeres sino también un mayor nivel de confidencialidad y me permitiría, además, conocer su espacio vital. No me hizo falta plantearlo, ellas mismas se ofrecieron a este cambio de manera, que tomando como pretexto el visionado de sus álbumes de fotos familiares comenzaron sus relatos biográficos; era un buen comienzo pues las fotografías tienen mucho valor para las personas porque despiertan emociones, vínculos con los demás considerados irremplazables “más que ningún otro objeto en una casa, las fotos sirven para preservar la memoria de los lazos personales, no hay otro objeto que pueda sustituirlas” (Csikszentmihalyi, M. y Rochberg-Halton, E.,1981)

El resultado final fueron 200 horas de conversaciones de las cuales sólo hay una pequeña muestra en estas páginas en las que, como he señalado al comienzo, me centraré en descifrar

hasta qué punto los nuevos discursos sobre la intimidad y la relación de pareja propios de la modernidad tardía, se han empezado a introducir en este contexto rural en cambio.

El advenimiento de la asimetría emocional

En todo el trabajo de campo, las mujeres contaron, con bastante profusión de detalles, aspectos no sólo de su experiencia matrimonial sino de los procesos de constitución de la pareja. La importancia que el matrimonio ha tenido y tiene en sus vidas como institución que marcó el comienzo de su biografía de adultas, como institución que la estructura –que les inviste de una nueva identidad¹⁰ - resulta extraordinariamente relevante y su análisis muy interesante para conocer el papel que las *ideologías sobre el amor* juegan en la construcción social de la pareja y en los cambios emocionales de la relación a largo plazo, aunque se hace necesario situarlo en lo que a mi juicio es el elemento sobre el que se sustenta la experiencia sentimental de buena parte de hombres y mujeres: la existencia de diferencias de género en la expresión y comportamiento emocional que se caracterizan, fundamentalmente, por la presencia de una *asimetría* que se hace más evidente, si cabe, en el marco de las relaciones íntimas. Podría decirse, que los conflictos aparecen porque las capacidades que tienen los individuos para expresar emociones están socialmente dirigidas u organizadas, y tanto unos como otras muestran diferentes habilidades y disposiciones al pensar y hablar en términos de amor e intimidad y al hacer un esfuerzo emocional que parece necesario – al menos en muchas mujeres - para mantener las relaciones íntimas (Duncombe y Marsden, 1993: 221). En este sentido, Hite (1988) señala que parece existir cierto tipo de contrato emocional por el cual se espera que la mujer alimente emocionalmente al hombre, de ahí su capacidad, por ejemplo, para hablar abiertamente sobre los sentimientos y para afrontar los problemas y promover el sentido de la intimidad. Parecería que es a ella a quien correspondería la expresión verbal de las emociones, la comunicación, como parte de ese contrato. No parecen existir dudas acerca del hecho de que, tal y como apunta Tannen (1991) por lo general son las mujeres quienes se comunican más y más íntimamente.

En el mismo nivel se situarían las sonrisas, los besos y abrazos. No deben ser entendidos sólo como expresiones de afecto, sino que debemos atribuirles, además, otros valores y significados. En ocasiones sirven para celebrar algún acontecimiento o suceso agradable o positivo, en otras, suponen un verdadero trabajo o esfuerzo pues están destinados a apoyar o reforzar a la pareja en situaciones o cuestiones que poco o nada tienen que ver con los propios intereses personales. Al igual que en el caso anterior, esta actividad también es realizada mayoritariamente por las mujeres (Thompson y Walter, 1989). Son ellas las que tienden a minusvalorar sus actividades y a sobrevalorar las carreras de sus maridos, minimizan sus errores, los halagan y refuerzan llegando a renunciar a planes de futuro propios (Backett 1987, Coward, 1992 y Mansfield y Collard, 1988). Por citar un último ejemplo, Rubin (1984) añade que son las mujeres quienes por lo general están pendientes de los cumpleaños y aniversarios, confeccionando listas, comprando regalos o preparando celebraciones. Del mismo modo, son ellas también quienes se preocupan por mantener el contacto con familiares y amigos – por ejemplo, las encargadas de escribir y enviar las felicitaciones navideñas.

¹⁰ Siguiendo a Bourdieu (1993) que define todo rito de tránsito como un acto de investidura que otorga el acceso legítimo a una nueva identidad.

Habría que añadir, no obstante, que hablar de asimetría no significa sólo que existan diferencias emocionales entre hombres y mujeres, sino que, además, existe una desigual distribución del peso emocional dentro de la pareja y la familia. Implica que la balanza se inclina hacia el lado de la mujer, que asume, como una tarea más dentro de su vida doméstica y familiar, el suministro de estabilidad y apoyo. Implica desproporción. La socióloga norteamericana A.R. Hochschild (1983) apunta que la vida emocional está regulada por ideologías sobre el sentimiento y que dichas ideologías operaran a través de unas “normas del sentimiento” - *feeling rules* - que prescriben lo que se debe sentir en cada situación. No es casual, por tanto, que la mujer asuma ese papel de alimentar emocionalmente a otros, para ajustarse a un particular ideología o cultura sobre las relaciones íntimas y las familiares. Si como señalé al comienzo de este capítulo, las respuestas de las personas a la intimidad se estructuran a través de los discursos dominantes sobre la emoción y el género es fácil comprender el esfuerzo emocional realizado por las personas –en este caso las mujeres - para organizar sus sentimientos de manera que éstos se adecuen a las reglas de los sentimientos, a lo prescrito socialmente, es lo que Hochschild llama el *emotion work*, que sería una respuesta personal a la conciencia de que existen unas normas o reglas sociales que definen cómo se debe sentir. De esta manera, “las diferencias de género en la realización de *emotion work* envuelve los efectos psicológicos de quienes poseen (hombres) o no (mujeres) el poder” (1983: 163-67).

En el caso de las mujeres de Zangarillejas, este desequilibrio emocional remite a una serie de preguntas sociológicamente relevantes, que tienen que ver, por ejemplo, con la naturaleza de las demandas que las mujeres hacían a sus parejas o también con la posibilidad / imposibilidad por parte de éstas de adecuarse a esas demandas. Y es que, a diferencia de sus madres o de sus abuelas, han sido emocionalmente alfabetizadas e ideologizadas y demandan un modelo de relación más democrática y satisfactoria.

No me cabe duda de que es un síntoma claro de los procesos de cambio social – entendidos fundamentalmente como destradicionalización – experimentados en la sociedad, y en particular en las sociedades rurales, y sus efectos en la familia. La desinstitucionalización de los comportamientos – en la línea de lo apuntado por Giddens (1999) de desvinculación de los sujetos de las estructuras comunales y societarias - conlleva una privatización de la vida cotidiana que se refleja en la evolución de los modelos familiares con el común denominador de la búsqueda de la felicidad personal de sus miembros como objetivo estratégico dentro de ellos. La familia tradicional, basada en un fuerte apoyo entre las generaciones, garante del orden social y encargada de la transmisión patrimonial ha ido evolucionando hacia un modelo familiar cuya legitimidad se sitúa en la búsqueda de la felicidad personal de sus miembros. En este sentido, la intensificación del discurso sobre las emociones y los sentimientos, parece haberse introducido con mucha fuerza también en estos entornos rurales en cambio. Si hay algo que me llamó la atención en mis conversaciones con las mujeres de Zangarillejas, fue la insistente presencia de un discurso sobre la satisfacción emocional en las relaciones personales que resulta impensable en otras mujeres rurales de otras generaciones y otros tiempos. Impensable, desde luego, en mujeres del sur de España de hace algunas décadas.

Si en las sociedades tradicionales la comunidad estructuraba las vidas e identidades de las personas, poco a poco, los procesos de individualización se van imponiendo y estos procesos de desvinculación propios de la modernidad tardía se dejan sentir también en ellas. Me atrevería a decir que más que condicionantes de clase o ámbito, creo que es un contexto cultural determinado el que conforma dichas prácticas. En este sentido, se ha ido produciendo una homogeneización cultural e ideológica en el ámbito familiar y en el marco de la Modernidad Tardía, caracterizada por los elementos ya apuntados de privatización y desinstitucionalización de

los comportamientos y la intensificación del discurso emocional, que traspasa las barreras de clase y ámbito impregnando también el proceso de cambio del mundo rural y sus familias. Creo que así se explican las demandas emocionales de las mujeres de Zangarillejas y la irrupción de la asimetría emocional en estos entornos. Esto no significa que antes no existiese, lo novedoso es el surgimiento de la conciencia de la misma en sus vidas y su extensión. Quizá algunos ejemplos sirvan para ilustrar su naturaleza.

En una de mis primeras conversaciones con uno de los grupos, Amelia, Asunción, Adela y Anabel hablaron del final de la jornada diaria y de manera espontánea surgió como tema de conversación la comunicación con sus maridos, una de sus demandas emocionales hacia ellos:

Amelia.- *¿No hacéis diálogo después de cenar con vuestros maridos?*

Asunción.- *Sí hombre, sí. ¡Anda! pues no hablamos nosotros...*

Amelia.- *Poco, poco.*

Asunción.- *Nosotros, normalmente, estamos cenando y estamos comiendo y estamos siempre dale que te pego. Porque me pregunta, yo le pregunto.*

Amelia.- *Pues yo comiendo poco, ¿eh?*

Asunción.- *“¿Qué has hecho hoy?” “¿Qué tal te ha ido hoy?” Porque, además, él me cuenta todo.... claro que quizá yo... es que no sé, con el trabajo que tiene y eso, pues ahora tiene unas cosas con unas ventanas –porque hace ventanas de aluminio y eso-, y le están dando una lata, entonces, lo primero que hago es preguntarle; “¿Qué tal? ¿Cómo las llevas?” Vamos, y cuando hay otra cosa pues otra cosa; “¿Qué tal te ha ido el día?”*

Amelia.- *Pero ellos preguntan poco qué tal te ha ido el día.*

Anabel.- *A no ser que hayas ido, yo por ejemplo, que he ido al médico, es lógico, bueno pues cuando llegue esta tarde; “¿Qué te ha dicho el médico?”*

Asunción.- *Pues a mí me lo pregunta todo porque como, encima, lo tengo allí debajo...*

Anabel.- *Pero ya está.*

Adela.- *Tenían que preguntar más porque....*

Anabel.- *“¿Qué han hecho los niños o....?”*

Adela.- *“¿Qué has hecho o....?”*

Asunción.- *Muchas veces le digo...*

Adela *Como es una vida monótona la que llevamos pues no nos preguntan.*

Anabel.- *No, no. Como no hagas un día algo especial que vayas a algún sitio no te preguntan, por norma general, no te preguntan.*

Adela.- *Y a mí me da rabia.*

Quiero llamar la atención sobre las palabras de Amelia *“Pero ellos preguntan poco qué tal te ha ido el día”*, a las que Adela añade que ellos *tenían que preguntar más*. Es en este momento cuando la asimetría emocional medida en términos cuantitativos se pone de manifiesto. Ellas reconocieron preguntar más demostrando un mayor interés por los asuntos de su pareja y reconocían también no ser correspondidas tal y como también pusieron de manifiesto - por citar uno de los innumerables ejemplos disponibles en la investigación social- las mujeres entrevistadas en el trabajo de Mansfield y Collard (1988) quienes en su trabajo se lamentaban de ser ellas las que se preocupaban por proporcionar seguridad y comprensión a sus maridos. Lo mismo puedo decir de mi trabajo, una de las quejas que con más frecuencia me hicieron - muchas veces hablando de asuntos que en principio no remitían directamente a su vida en pareja – tenía que ver con lo que podríamos denominar el *extremado laconismo* de sus maridos. Agustina decía:

[...] Lo que menos me gusta de mi marido es que me hable poco y que sea muy... Es muy reservao. ¡No sé cómo decirte!. Yo creo que él en el fondo también es un poco cabezón. Muy cabezón, muy reservao, ¡no sé! Me gustaría que se abriera todavía más a mí. Que me contara más cosas de las que me cuenta. Por ejemplo de su trabajo, claro y él dice que de su trabajo también, dice; “¡cómo te tenga yo que contar todas las cosas de mi trabajo o de todos los problemas que tengo ahí, pues imagínate!”; Dice: “me preocupo yo y lo que no quiero es que te preocupes”. Sí, sí. Y él dice que no, que cómo me va a preocupar a mí con los problemas que él tenga dentro del trabajo. Hay tantas cosas. Es verdad, que yo muchas veces me voy a la cama y lo dejo aquí a.... ¿Me entiendes?

Agustina reconocía que le molestaba que su marido “le hablase poco”. Él, y este es un comportamiento muy extendido entre los hombres (Weiss, 1990), intentaba mantenerla alejada de las preocupaciones de su trabajo. Ella reconoció que si su marido le contaba cosas es porque le forzaba a hablar. Agustina continuaba diciendo:

[...] *Ellos no hablan con nosotras, no se abren tanto. No. Porque tú... Ellos si te cuentan algo es porque tú estás diciéndole: "Bueno pues, cuéntame y tal y cual" Y no. Eso no es. Yo le pregunto a él más. Porque yo hablo más que él: "Bueno, ¡pues cuenta algo!" Está callao. A mí no. A mí me gusta hablar. Él, yo veo que habla menos que yo. ¿Me entiendes?. "Habla algo. Habla algo". Pero es porque mis hijas le hablan a él, ¿eh?. Si no él no.*

Y, además, era consciente del poco tiempo que dedica a la familia por centrarse en su trabajo:

[...] *Yo creo que quizá, pues donde menos tiempo le dedica es a la familia. ¡Vamos, pienso yo! ¿Me entiendes?. ¡Le dedica! Y él pues sabe todos los problemas que hay en casa y todo lo demás. Pero no el tiempo que yo quisiera.*

La ausencia del marido en el ámbito familiar no era sólo física, sino también funcional y sobre todo emocional. Aparece entonces un matiz nuevo impensable en el ámbito rural español de hace unas pocas décadas: en un modelo de sociedad tradicional, pocas mujeres, por no decir casi ninguna, hubieran demandado a su pareja mayor implicación en la vida familiar. Tal y como señala Giddens (1997) el papel del hombre en la fuerza de trabajo remunerado ha significado tradicionalmente que se haya ido aislando de su vida emocional mientras que la mujer, confinada en la esfera doméstica, se ha convertido en una *especialista del amor*, pero en el caso de sociedades rurales en cambio lo que se está produciendo es la incorporación de estas mujeres a esa especialización emocional, en cuando que, como especialistas, no solo alimentan emocionalmente a los otros sino que además, evalúan también sus propias necesidades.

Águeda me facilitó un testimonio paradigmático. Relató la absoluta inhibición de su marido ante los asuntos y responsabilidades familiares, haciendo hincapié en su abandono para con la educación de las hijas. Decía que no recibía su apoyo ¿dónde acaba lo funcional y dónde empieza lo emocional?

[...] *Yo llevo... el sábado me tiré todo el sábado llorando ...yo es que hay veces que... Mira, mi marido es muy tranquilo, es lo contrario de mi. Yo, mi marido, delega toda la responsabilidad en mí y todas las decisiones, todas, todas, todas y yo hay veces que no soy capaz, de verdad que no soy capaz. Mira, si yo por ejemplo quitamos la hipoteca del piso, todas son mis decisiones, yo digo; nos quitamos la.... Lo consulto con él, pero es que él siempre dice: "¡lo que tú digas! ¡lo que tú digas!". Entonces ¡es muy cómodo!. Toda la responsabilidad me la da a mi. Bueno, el hecho de tener un perro, él no decía que no quería perro y a la hora de tener el perro, muchos problemas por el perro.*

Entonces, yo hay veces que me siento... Se lo digo a las crías, cuando hablo con las mayores, digo: “es que yo hay veces que estoy cansada de tener toda la responsabilidad y de no poder decir; ¡ah! pues yo voy a consultar esto y tu padre me va a decir, me va a dar una solución. No me da solución ninguna”.

Con ellas mismo, la mayor no come nada. Ayer se lo he consultado a la doctora: “tu no te preocupes”, que la vigile, que le riña, que siga... Porque es que yo no sabía qué hacer ya, si reñirla, si estar sobre ella... Dice: “no”, que siga pero que vamos, que no, que no me alarme. Y entonces, cuando hablo con su padre, a mí, el otro día, había tenido por la noche una riña con ella, llorando ella, lloré yo y eso... Y su padre estaba muy tranquilo. Un día con coger, quitarle la comida y querer tirar el plato por el balcón, con eso lo soluciona todo, y eso ¡no! Entonces cogí, a la mañana siguiente, toda la noche sin dormir, pensando, le digo: “¡ay, Dios mío!”. Porque yo me levanto más temprano que él, él se va a las ocho y veinte y digo: “¡ay, Benito, yo no sé que voy a hacer con Elena!”. Y que le estés tu contando eso, ¡tan preocupada como estaba yo!, y que me dice: “¿y qué tiempo hace hoy? ¿Y llueve?”. ¡Claro! Es que te hunde.

Águeda se lamentaba – llegó a hacerlo conmigo incluso de manera bastante dramática – de que toda la responsabilidad del hogar recaía sobre ella. Su marido se inhibía de la vida familiar y ante los problemas alimenticios de la hija, él sólo respondió preguntando por el tiempo que hacía. Tal y como lo presenta a través de su testimonio y parafraseando a Horrocks (1994) su marido parecía un “autista emocional”¹¹.

Debo admitir que me es muy difícil calificar esta ausencia del marido porque lo entiendo como un claro ejemplo de la difusa frontera entre lo funcional y lo emocional dentro del ámbito familiar. No se trataba sólo de no participar en las tareas domésticas y delegarlas en la esposa; tampoco se trataba de no participar en la educación y socialización de los hijos. A Águeda lo que realmente “le quitaba la vida” era la falta de apoyo y comprensión que recibía de él, su indiferencia. Ella continuó diciendo:

[...] A mí me preocupa y me quita la vida. A mi es que me quita la vida. Y entonces, yo que le estés diciendo que he pasado una noche, le digo: “¡ayer pasé una noche...! ¡yo no sé cómo estoy viva! ¡voy a tener que ir...!”. Y ¿qué dice?: “¿va a llover hoy?”. ¡Mira! ¡Es que...! Luego se acerca y... “¡cómo te has puesto así!”, digo: “¿cómo me he puesto así?” digo: “¡es que tú no sabes cómo yo me siento, por dentro, y que tú me digas a mí!

¹¹ Sería lo mismo que el dicho popular acerca de que los hombres “ni sienten ni padecen”.

¡el día que está hoy! Mira a ver si a mí me ha dado tiempo de ver el día que es que... Para mí ¡es un día, vamos! que mejor me hubiese quedado en la cama". Y él sí, él... Y a lo mejor le estás contando algo y si tiene encendida la televisión dice "¡no la oigo!", ¿entiendes?

El texto es clarificador de la situación. Águeda le dijo "tu no sabes cómo me siento", y efectivamente él no lo sabía. Sus reacciones – preguntar por el tiempo o decir que no oye la televisión – fueron interpretadas como una muestra de insensibilidad, desinterés, desidia, indolencia y desapego. Pero Águeda continuó diciendo:

[...] Lo que pasa es que no comprenden... Yo pienso que ellos no comprenden hasta dónde estamos nosotros y lo que estamos exigiéndoles, pidiéndoles algo, es que no lo comprenden...

En cualquier caso, la percepción de las mujeres de Zangarillejas era que sus maridos no preguntaban y no escuchaban, que estaban ausentes y esta ausencia se convertía en una de sus demandas emocionales más importantes. Alguna de ellas llegó a describir a su marido como un "muerto viviente" y esta idea fue completada con la "falta de pasión" que le recriminaba.

Las quejas fueron una constante en mis conversaciones y son una muestra de que algo ha cambiado. No creo equivocarme al afirmar que a diferencia de sus madres y abuelas, estas nuevas generaciones de mujeres rurales, han ido incorporando los discursos dominantes y los significados culturales sobre la intimidad a su concepción de lo que es ser buen ama de casa, buena madre, o, en este caso, buena esposa. Han incorporado, por lo tanto, una tarea más a sus actividades. Sin que su forma de vida haya cambiado mucho, al menos aparentemente, respecto de las generaciones anteriores más inmediatas, se han ido produciendo cambios culturales en el sentido de modificaciones en su "estructura emocional" y es que a pesar de seguir ocupándose exclusivamente de las tareas domésticas y del cuidado de hijos, y por lo tanto centrar su actividad en espacios y contextos reducidos, han ido integrando un énfasis por la satisfacción emocional y la felicidad personal más propios de esas biografías reflexivas de las que habla Giddens. La modificación de su estructura emocional, de su cultura emocional es, a mi juicio un elemento de

modernización de estos núcleos rurales, al menos en lo que se refiere a sus mujeres. Y nos es de extrañar si echamos un vistazo a las nuevas fuentes de aprendizaje emocional a las que han ido teniendo acceso. Con cierto retraso respecto de otras mujeres urbanas, las de Zangarillejas se han ido alfabetizando en una nueva cultura emocional que enfatiza el romance a través de las revistas, de las telenovelas o de las películas o la programación televisiva, por citar algunos ejemplos. Son los medios de comunicación de masas, los que han facilitado la incorporación de estos discursos foráneos – y otros muchos – que han ido despertando su conciencia como sujetos con derechos a una satisfacción emocional¹².

En este sentido, no hay que olvidar el papel constitutivo del lenguaje y otros artefactos culturales en la construcción y experimentación de las emociones. El yo emocional se construye de manera diferente a través de distintos discursos de tal forma que en un análisis de los discursos amorosos. Wetherell (1996), por ejemplo, señala que incluso en el caso de los sentimientos de pasión y amor romántico la experiencia y el sentimiento son siempre identificados, etiquetados y contruidos a través de la narración y el lenguaje y “no existe ningún caso en el que una mujer o un hombre enamorados se encuentren pronunciando, creando y descubriendo de nuevo, por primera vez, estas palabras como el espejo o el reflejo de su experiencia, aunque ellos puedan sentir que lo estén haciendo. Las palabras son de segunda mano, ya están en circulación, son familiares y están allí esperando el momento de la apropiación “ (*ibid*: 134)¹³.

Esto no significa que las personas sean sujetos pasivos en este proceso pues tal y como apunta Jackson, el proceso de enamoramiento es más activo que pasivo y consiste en situarse en los guiones o discursos del amor, “aquellos que se sienten enamorados, tienen abundantes

¹² Y también como sujetos con unas obligaciones emocionales, tal y como se desprendía de sus discurso en torno a la maternidad y el maternaje. En este sentido, la acusada emocionabilidad / privatización como rasgo específico de las familias se deja sentir en todas las relaciones que se producen en su interior, no solo en las de pareja, en un juego de deberes y obligaciones emocionales que como ya he señalado en otro momento (Muñoz González, 2007) se configuran en el elemento definitorio del ama de casa. Nunca como ahora, se le ha concedido tanta importancia a los sentimientos en el ámbito familiar.

¹³ Resulta inevitable la remisión al libro de Roland Barthes *Fragmentos de un discurso amoroso*. Barthes señala que “en cada uno de estos incidentes [se refiere a incidentes amorosos] el enamorado extrae de la reserva (¿el tesoro?) de figuras [así es como denomina los retazos del discurso amoroso], según las necesidades, las exhortaciones o los placeres de su imaginario” (1997: 19).

novelas, películas, canciones sobre las cuales dibujan y dan sentido a su pasión” (1993: 212). Señala también que las mujeres tienden a ser socializadas en una forma de “alfabetismo emocional” en relación al amor y al romance – mediante novelas románticas, revistas o viendo tele-novelas – mientras que los hombres no. Como resultado, “las mujeres con frecuencia encuentran a los hombres emocionalmente analfabetos, precisamente porque los hombres no han aprendido a construir y dirigir narraciones emocionales o discursos sobre la emoción” (*Ibid.*: 216). De aquí se deduce que no hay razones naturales por las cuales las mujeres puedan ser mejores en la lectura de las emociones sino que es la aculturación en el género, incluyendo los discursos a los que tienen acceso, la que forma la capacidad para identificar y experimentar las emociones¹⁴.

La modernidad consagró un arquetipo masculino constituido por el hombre no emocional - que adquirió su significado en oposición a la mujer emocional -. Este modelo de masculinidad representó al hombre como más racional y con un mayor control, y por lo tanto más ajustado a la esfera pública (Lupton, 1998: 113)¹⁵, mientras que la esfera privada, la adecuada para al expresión emocional, se vinculó a las mujeres. La separación entre el hogar y el trabajo surgida con la industrialización en las sociedades occidentales supuso colocar estos espacios como emplazamientos para diferentes usos y expresiones emocionales. La esfera económica fue presentada como un lugar frío en el que las relaciones eran impersonales y distantes, caracterizadas por la competitividad y el individualismo en oposición a la calidez y apoyo emocional de la esfera privada¹⁶. Los procesos de individuación de la modernidad tardía y sus discursos emocionales se han ido extendiendo con rapidez incluso en zonas cuya modernización, medida en términos cultural, es un proceso relativamente tardío y reciente como es el caso de Zangarillejas. Sus mujeres, no han resultado estar ajenas esa ideología sobre el amor en nuestras sociedades que es descrita por Beck y Beck-Gernsheim (1998) como “la idolatría de la

¹⁴ De hecho, la difusión del amor romántico no hubiera sido posible sin la literatura, y en especial la novela amorosa que impuso el modelo entre sus lectoras (Leites, 1990).

¹⁵ Esta diferenciación entre mujer emocional y hombre no emocional en nuestras sociedades se enmarca dentro de la distinción entre esfera pública y privada. En realidad, existen un número de oposiciones binarias que vinculan feminidad con emocionalidad: razón/emoción, mental/irracional, cultural/físico, universal/particular, público/privado, hombre/mujer (Jaggar, 1989: 145).

¹⁶ En el siglo XIX, la familia llegó a ser idealizada como un refugio íntimo con un valor moral más alto que la esfera pública (Sennet, 1977: 20) y este creciente interés del siglo XIX sobre el hogar y la familia, especialmente para el hombre burgués, tuvo implicaciones en la consideración de la mujer. Por un lado se la vinculaba a una “fina sensibilidad” - que sugería una superioridad moral – pero, por otro, también se la vinculó a la inferioridad física y moral

relación amorosa”, para quienes existe una clara analogía entre el amor y la religión. Para ellos, amor y religión contienen una “análoga utopía. Son la llave para salir de la jaula de la normalidad” (*Ibid*: 241-242). Continúan señalando que en la actual cultura del amor se promete autenticidad en un “mundo de representación y mentira” y es por ello que “el ansia por el amor como confianza y patria, crece en el entorno de la duda y de las incertidumbres que la modernidad produce” (*ibid*: 242)¹⁷.

La búsqueda de confianza, las constantes demandas afectivas, la necesidad de comunicación emocional y de un mayor equilibrio en ese esfuerzo también emocional parecen sugerir, al menos en las mujeres entrevistadas, un modelo de relación próximo al apuntado por Giddens (2001) quien, elabora un modelo ideal de “relación pura” y habla de “democracia emocional”. Giddens llama la atención sobre lo que a su juicio es el extraordinario paralelismo existente entre ésta y la democracia pública: “En una democracia todos son, en principio, iguales, y con la igualdad de derechos y responsabilidades – como principio, por lo menos – viene el respeto mutuo. El diálogo abierto es una propiedad esencial de la democracia. Los sistemas democráticos sustituyen al poder autoritario, o al poder sedimentado en la tradición, por la discusión abierta de problemas - un espacio público de diálogo -. Ninguna democracia puede funcionar sin confianza. Y la democracia se resquebraja si da paso al autoritarismo o a la violencia. Cuando aplicamos estos principios – como ideales a las relaciones, estamos hablando de algo muy importante: la posibilidad de emergencia de lo que llamaré una democracia de las emociones, estimo, es tan importante como la democracia pública para mejorar la calidad de nuestras vidas” (*Ibid*: 75-76).

Quiero concluir estas líneas recalcando la idea inicial y principal que contiene: los procesos de individualización que caracterizan esta modernidad tardía o hipermodernidad también se han dejado sentir en el mundo rural y las expectativas puestas en el amor, como elemento fundamental en la construcción de las identidades, se encuentran extraordinariamente presentes, máxime cuando, aun hoy, los procesos de construcción de género implican una socialización emocional en la mujer que le lleva en mayor medida que a los hombres a considerar “al otro” como un “elemento necesario que complete su propia identidad como persona”. Como señala Giddens (2001: 58) si una de las características de nuestra sociedades es “la difusión de la idea y la realidad de las adicciones”, una de esas adicciones es al amor en una sociedad en donde “la tradición se deteriora y prevalece la elección del estilo de vida y en donde la identidad tiene que ser creada y recreada más activamente” (*Ibid*: 59). “Cuando todo se derrumba, la gente, en sus mundos de la vida individualizados, no busca amparo en la iglesia o en Dios, ni en las cultura de clase vividas, sino en el tú que comparte el propio mundo y que promete protección” (Beck y Beck-Gernsheim, 1998: 250).

¹⁷ En esa analogía entre amor y religión señalan que “en la religión rige la frase: existe una vida después de la muerte; en el amor, la frase: existe una vida antes de la muerte” (*ibid*: 242).

Referencias

ALONSO, L.E. (1995): "Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa" en J.M. DELGADO y J. GUTIÉRREZ (coords.) *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis, pp. 225-240

BACKETT, K. (1987): "The negotiation of fatherhood", en C. LEWIS y M. O'BRIEN (eds.), *Fatherhood reassessed*, Londres, Sage, pp.79-90.

BARTHES, R. (1997): *Fragmentos de un discurso amoroso*, Barcelona, Círculo de Lectores.

BECK, U. y BECK-GERNSHEIM, E. (1998): *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*, Barcelona, Piados-El Roure.

BOURDIEU, P. (1993): "Los ritos como actos de institución", J. PITT-RIVERS and J.G. PERISTANY (eds.) *Honor y gracia*, Madrid, Alianza, pp. 111-123.

CHORODOW, N. (1995): "Individuality and difference in how women and man love", A.ELLIOT & S. FROSH (eds.), *Psychoanalysis in contexts: paths between theory and modern culture*, Londres, Routledge, pp.89-105.

COWARD, R. (1992): *Our treacherous hearts*, Londres, Faber.

CSIKSZENTMIHALYI, M. y ROCHBERG-HALTON, E. (1981): *The meaning of things: symbols and the self*, Cambridge, Cambridge University Press.

DUMCOMBE, J. y MARSDEM, D. (1993): "Love and intimacy: the gender division of emotion and emotion work", *Sociology*, 27, pp. 221-41.

GIDDENS, A. (1997): *The transformation of intimacy. Sexuality, love and eroticism in modern societies*, Cambridge, Polity Press.

GIDDENS, A. (1999): *Consecuencias de la modernidad*, Alianza, Madrid.

GIDDENS, A. (2001): *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, Taurus.

HITE, S. (1988): *Women in love*, Londres, Viking.

HOCHSCHILD, A. R. (1983): *The managed heart. Commercialization of human feeling*. Berkeley, C.A., University of California Press.

HORROCKS, R. (1994): *Masculinity in crisis*, New York, St. Martin's Press.

JACKSON, S. (1993): "Even the sociologist fall in love: an exploration in the sociology of emotions", *Sociology*, 27 (2), pp. 201-20.

JAGGAR, A. (1989): "Love and knowledge: emotion in feminist epistemology", A. JAGGAR y S. BORDO (eds.), *Gender, body, knowledge: feminist reconstructions of being and knowing*, New Brunswick, Rutgers University Press, pp. 145-71.

LEITES, E. (1990): *La invención de la mujer casta. La conciencia puritana y la sexualidad moderna*, Madrid, Siglo XXI.

LUPTON, D. (1998): *The emotional self*, London, Sage.

MANSFIELD, P. y COLLARD, J. (1988): *The begining of the rest of your life?* London, Macmillan.

MUÑOZ GONZÁLEZ, B. (2007): *Mujeres rurales. Topología emocional y espacio doméstico*, Cáceres, Instituto de la Mujer de Extremadura.

PLUMMER, K. (1983): *Documents of Life*, London, George Allen and Unwin.

SAFILIOS-ROTHSCHILD, L. (1987): "Les diferències, segons el sexe, en la socialització i l'educació dels nens petits i les seves conseqüències en l'elecció dels estudis i els seus resultats", en OCDE, *L'Educació del rol femení*, Barcelona, Aliorna.

SENNET, R. (1977): *The fall of public man*, London, Faber and Faber.

TANNEN, D. (1991): *You just don't understand*, Londres, Virago.

THOMPSON, L. y WALKER, A. (1989): "Gender in families: women and men in marriage, work and parenthood", *Journal of marriage and the family*, 51, pp. 845-71.

WEISS, R. (1990): *Staying the course*, New York, Fawcett Columbine.

WETHERELL, M. (1996): "Romantic discourse and feminist analysis: interrogating investment, power and desire", S. WILKINSON y C. KITZINGER (eds.), *Feminism and discourse: psychological perspectives*, London, Sage, pp. 128-144.